

La Voz de Guipúzcoa

Lunes 5 de Enero de 1920

Diario Republicano

Año XXXVI.—San Sebastián—Núm. 12.249

BENITO PÉREZ GALDÓS

Se nos dice que ha muerto Galdós; pero los hombres como Galdós, ¿cuándo mueren? Para sus íntimos, el día ineluctable en que dejan de verlos; para la pública curiosidad, el día en que la Ciencia falla que no podrán acabar su último libro; para la patria, nunca; siguen brillando en la cúpula gigantesca que sobre sus montañas, sus valles y sus ríos; vertiendo sobre la frente de sus hermanos los torrentes las luminosidades de su espíritu magno. Viven, resplandecen, no se extinguen «sic luxurans coeli».

Para la nueva literatura, hacia tiempo que había muerto Galdós. Ya no producía. Aquella diestra segura y firme, entre cuyos dedos nerviosos se movió el lápiz, con la vertiginosa celeridad de un transmisor eléctrico, no hacía ya sino tenderse adelante, en demanda de un piedoso sostén. De sus pupilas había huido para siempre la luz, y su figura, antes procer y ahora abatida, se adelantaba temblorosa al proscenio, cuando un rugido de entusiasmo del público lo llamaba a la escena en una de esas fiestas inolvidables que sus amigos y discípulos organizaban en su honor.

Ahora ya, nada. Recluido en la mansión hidalga y poética que le brindaron caballerosamente los unidos a él por los vínculos de la sangre, apenas hablaba; su actitud era la de una esfinge, y si le molestaba algún importuno, acababa por decir, en un murmurio casi imperceptible: «—Quiero marcharme». Era verdad: quería marcharse; sentía la nostalgia de lo infinito; pero esa inconsciencia que nubla todos los umbrales de la vida, estado en el cual ésta no es todavía sino un presentimiento o no es ya sino una vaga reminiscencia, volvía a caer en su estupor que tenía la majestad y la seriedad angusta de lo eterno ignorado.

No obstante, al saber que muy pronto habríamos cubierto su cuerpo de flores, sentimos un rudo golpe en el corazón; nos parece que va a faltar algo en la tierra que era necesario a su contextura espiritual; que se le ha caído a España un cuartel de su escudo, un regio flo, ón de su corona, y que no volverá a ondear soberana al viento, con alegres restallidos de triunfo, como en los días en que se publicaron los «Episodios», nuestra bandera nacional.

Sobre España proyectará cada día más soberana grandiosa la obra gigantesca de Galdós. No es la labor del artista, ni del literato, ni del fabulista, ni del pensador, ni del dramaturgo: es la obra del genio; crea, vivifica; tiene el divino «ese»; infunde su soplo alentador, a imagen y semejanza de lo increado. Don Benito no se limita a describir la Humanidad, sino que imagina sus tipos característicos y les da alma y vida para siempre. Si no hubiera habido una patria, no la hubiera creado.

He aquí lo que distingue al genio: crear. De los novelistas incomparables, de los dramaturgos excelentes, lo que les ha elevado a la cúspide de la gloria, no han sido sus prodigiosas descripciones, ni sus ideas centelleantes, ni la sublime trama de sus argumentos. Las obras se pierden para el vulgo; los lenguajes mueren, como las piedras en que se escriben; pero quedan los seres de carne, que no existieron sino en la mente de su genitor espiritual. Quedan Helena, Aquiles, Ulises, Andrómaca, Ifigenia; quedan Fausto, Moore, Segismundo, Quijano, Hamlet, Margarita, Julieta, Lady Macbeth, Pedro Crespo, Margarita la Tornera, Don Juan. Y así, quedan Gloria, Mariana, Doña Perfecta, «Celipín», El amigo Manso, Fortunata, La de Bríngas, Torquemada, La loca de la casa, «Pepe», Dolly, Don Pío Coronado, El León de Africá. Son legión, son España, con sus poéticas muchedumbres, que engendran guerrilleros y santos, bandoleros e investigadores, aventureros que descubren mundos y se los arrojan a sus patria por encima del mar, y diplomáticos que atan los pactos, sellados con sangre, a las patas de sus taburetes de mear; de inquisidores que ensombrecen la tierra y comuneros que lanzan el grito libertador que los pueblos han de repetir pasadas ya cuatro centurias.

Con Galdós termina definitivamente el siglo XIX. El glorioso autor de «Gerona», de «Baileón», de «Misericordia» y de «El Doctor Centeno» no siente en toda su intensa complejidad los problemas de

nuestro siglo. Apenas si, en «La de San Quintín», muestra vislumbres de una de sus facetas. Vivió en pleno siglo de las Luces, y, avanzada del siglo la primera mitad, retrotrajo su labor con «Tráfalgar» a sus comienzos. No hay obra de Galdós cuya acción pueda ser colocada en 1799; no la hay que exija fecha que no sea anterior a la de 1901. Es todo un siglo. Se dirá en España el siglo de Galdós, como se dice en Inglaterra el siglo de Guillermo. Y nunca su nombre podrá ser eclipsado, porque, con ser nuestra literatura una de las más gloriosas del planeta, no resplandece en sus antologías, desde la publicación de «El Ingeniero Hidalgo», un nombre tan glorioso, tan genial, tan excelso, y, sobre todo, tan netamente ibero, como el de don Benito Pérez Galdós.

No queremos llorar; las glorias no se lloran. Las cenizas de los hombres que supieron engrandecer a su patria osn mucho más fecundas que esos granos de trigo sacados, después de cuarenta siglos de ser enterrados, del sepulcro de los Faraones; oprimida la garganta por la angustia, doloridos los párpados, crispadas las manos en nervioso encarrujamiento, suspensa en el pecho la diástole, veremos cómo se nos llevar al maestro por el lóbrego apartado sendero y cómo, extinguidos con su muerte los oídos, comenzará a brillar su nombre con una magnitud y esplendor por el vulgo no sospechados. Y sentiremos que el suelo vacila bajo nuestras plantas y que en nuestras venas se nos paraliza la sangre. Pero no lloraremos; ¡no faltaba más!... No lloraremos...

ANTONIO ZOZAYA.

Nació el ilustre novelista y autor dramático en Las Palmas (Canarias) en 1840. Terminada la carrera de Derecho, sus aficiones literarias y artísticas condujeron su vida por muy distinto derrotero del de las leyes.

En su juventud cultivó con éxito la pintura, llegando a obtener mención honorífica. Trasladado a Madrid, actuó en el periodismo, colaborando en «El Contemporáneo», «El Parlamentario», «La Revista de España» y otras publicaciones. Este aprendizaje llevó su fecunda pluma y su poderoso entendimiento a acometer empresas de mayor vuelo.

Y don Benito hizo novelas, lanzando al público «El audaz» y «La fortuna de oro». Más tarde, deseoso de recoger los sucesos más notables del agitado período político del siglo pasado, concibió la idea de trasladarlos a una serie de novelas, que son gloria y orgullo de la literatura española, bajo el título genérico de «Episodios nacionales». Esta gigantesca labor le llevó a pasarse muchos años de juventud estudiando documentos en archivos y bibliotecas de toda España a fin de acopiar cuantos datos fueran útiles acerca de la invasión de los franceses.

Cada año publicó cuatro novelas, y en 1875 quedó terminada la primera serie. Tantos lectores tuvo, que se decidió a emprender la segunda serie.

El maestro llegó a ser familiar hasta en los hogares más humildes, donde sus «Episodios» dejaban, juntamente con el perfume de la historia, el gratísimo saher de su bello estilo novelesco.

Se han hecho cientos de ediciones de estas obras magistrales.

Simultáneamente Pérez Galdós publicaba novelas de costumbres contemporáneas, y de esta época son «Marianela», «Doña Perfecta», «La familia de León Roch», «Gloria», «El amigo Manso», «El doctor Centeno», «La de Bríngas», «Fortunata y Jacinta», «Torquemada en la hoguera», «Miau», «La incógnita», «Realidad», «La desheredada», «Ángel Guerra» y algunas más, que le conquistaron rápidamente el título de primer novelista español.

Como autor dramático ha sido muy discutido; pero es evidente que en todas las obras que dedicó a la escena puso un destello de su talento sobrenatural. Las aptitudes del maestro para el arte dramático eran desconocidas para el público, hasta que en la noche del 15 de Marzo de 1892 se estrenó en el teatro de la Comedia, de esta corte, su drama «Realidad», que si fué para muchos un fracaso, para la mayoría el nuevo dramaturgo venía a destruir los viejos moldes y marcar nuevas orientaciones al teatro.

Poco después estrenaba en el mismo teatro «La loca de la casa», y ya, con intervalos a veces muy breves, dió a la escena «Gerona», «La de San Quintín», «El abuelo», «Electra», «Alma y vida», «Sor Simo-

nas», «Pedro Nimio», «Amar y Ginecino», «Celia en los infiernos», «Las condenadas», «Doña Perfecta», «Marianela», «El amigo Manso», y algunas otras que merecen a nuestra memoria en la vaguedad de una que nuestra atención se desvía a esta ligera biografía.

El insigne escritor, que siempre había tenido un profundo desánimo por la política activa, se vió forzado en las postrimerías de su gloriosa vida a unirse con un partido de izquierdas, que tremolaba su nombre y su prestigio por mítines y asambleas. Pero bien pronto, Galdós, virgo, castro, casi ciego, desilusionado y pobre, abandonó esa postura para retirarse en la tranquilidad de su modesta vida.

Galdós ha gustado todos los triunfos y ha ganado millones, a pesar de lo cual sus prodigalidades le pusieron en más de una ocasión en trances pecuniarios muy difíciles.

Fué diputado varias veces e individuo de número de la Academia de la Lengua, donde ingresó en 1887. En la actualidad hacia el número cuatro de los académicos.

Don Benito renunció más de un honor oficial que se intentó otorgarle.

El anciano novelista, con Julio Verne, fué de los escritores que más generosa y deleitosamente han influído sobre el espíritu de dos ó tres generaciones de españoles.

Sus últimos años han sido de martirio. Enfermo y ciego, el eximio publicista ha pasado horas muy amargas recluido en su domicilio. Su agonía puede decirse que ha durado meses.

Información

Madrid, 5, 0715.

SENTIMIENTO GENERAL
La muerte de Pérez Galdós ha producido general sentimiento en Madrid, pues aparte de su popularidad como insigne cantor de las glorias nacionales, maravilloso novelista y dramaturgo genial, representó por tres veces en las Cortes a la capital española.

La primera vez, salió triunfante por 47 votos sobre su contrincante y cuando luchó con la coalición republicana obtuvo 47.752 votos.

El Ayuntamiento de Madrid, el Ateneo, el Círculo de Bellas Artes y todos los centros de cultura pusieron la bandera a media asta.

HOMENAJE DE LA PRENSA
Todos los periódicos dedican a la muerte de Ipatriarca de las letras españolas planas enteras, narrando los últimos momentos de su vida gloriosa.

Los críticos publican sendos artículos sobre la obra total de Galdós y las controversias a que dieron lugar sus novelas y dramas sociales y religiosos.

SUS ÚLTIMOS AÑOS
Desde hace tres años Pérez Galdós apenas si abandonaba su casa de la calle de Hilarión Eslava, a causa de la afección a la vista que padecía.

La última vez que se presentó en público fué en el estreno de «Marianela», adaptación escénica de los hermanos Quintero.

Aquella noche el público de Madrid tribuló al insigne español un caluroso homenaje de admiración y cariño, que emocionó profundamente al glorioso anciano.

LA CÁMARA MORTUORIA
La cámara mortuoria ha sido instalada en el despacho de la casa de Pérez Galdós.

Las paredes han sido cubiertas con paños negros.

Los restos mortales del finado están encerrados en un féretro negro, colocado en el suelo, y cubierto con una bandera nacional.

El suelo se halla casi cubierto de crisantemos blancos y rojo mandones iluminan con su luz espectral la estancia.

PESAME DEL GOBIERNO
A las nueve y media de la mañana, acudió a la casa mortuoria el ministro de Instrucción Pública para dar a la familia el pésame en nombre del Gobierno. El ministro se ofreció a la familia del ilustre muerto para todo lo que fuese necesario y prometió volver por la tarde, para dar cuenta de los honores que el Gobierno acuerde tributar al cadáver. En efecto, por la tarde volvió don Na-

italio Rivas, acompañado del alcalde, comunicando a la familia los honores que se tributarán al cadáver.

Serán idénticos a los que se le tributaron a don Ramón de Campoamor. Se tributará honores militares porque el finado había desempeñado en vida ningún cargo público.

EL CADÁVER EN EL AYUNTAMIENTO
El Ayuntamiento de Madrid ha acordado que hoy, a las diez y media, sea trasladado el cadáver al Ayuntamiento. Se están haciendo los preparativos necesarios en la Casa de la Villa para recibir y honrar dignamente los restos del insigne muerto.

Se permitirá la entrada del público hasta las tres de la tarde, hora en que se verificará el entierro.

LOS PESAMES
Por la casa mortuoria desfilaban durante todo el día todas las personas de prestigio que actualmente hay en Madrid.

Entre ellos recordamos a Sánchez Guerra, Villanueva, Díaz de Maza, los hermanos Quintero, presidente del Círculo de Escritores y Artistas, alcalde de Madrid, presidente de la Asociación de Autores, la condesa de Pardo Bazán, Daniel López, Moya, Palacio Valdés, Benavente, Marquina y todos los periodistas, escritores y artistas.

También se señaló la presencia de hombres y mujeres del pueblo que acudieron a testimoniar el pésame a la familia.

EL PESAME DEL REY
Es seguro que hoy acudirá el rey en persona a la casa mortuoria para dar el pésame a los deudos del glorioso escritor.

LLEGADA DE MACHAQUITO
En el expreso de Andalucía llegó el ex diestro Rafael González, aliado de Pérez Galdós, que profesaba al ilustre muerto un cariño filial.

En cuanto supo la gravedad de don Benito, Machaquito se puso en segunda vía camino, pero no ha podido llegar más que a ver el cadáver.

EL ENTIERRO
El cadáver del ilustre finado recibirá sepultura en la sacristía de la Almudena, en el panteón en que están enterrados dos hermanas y dos cuñados del finado.

UN BUSTO DE BENEILURE
Ayer tarde estuvo en el hotel de la calle de Hilarión Eslava, el escultor Mariano Beneilure, tomando apuntes para hacer un busto de don Benito.

LOS HONORES
Al entierro de don Benito Pérez Galdós asistirá el Gobierno en pleno, de uniforme, el Ayuntamiento y todas las corporaciones.

Se le rendirán los mismos honores que se tributaron a don Ramón de Campoamor, fallecido el 12 de Febrero de 1904.

El real decreto que se publicó entonces en la «Gaceta» decía así:
«Artículo primero.—La condonación del cadáver y entierro de don Ramón de Campoamor, serán costeados por el Estado.

Artículo segundo.—El ministro de Instrucción Pública invitará al Ateneo de Madrid y a los demás centros de enseñanza y cultura, para que tomen parte en el duelo nacional; igualmente serán invitados todos los funcionarios de los departamentos ministeriales.

Artículo tercero.—El ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes dictará las disposiciones necesarias para la ejecución de este decreto.

EL DOLOR DE MARGARITA XIRGU
La genial trágica Margarita Xirgu, que sentía por Pérez Galdós asombrado cariño, acudió ayer tarde, a las cuatro, a la casa mortuoria.

Hondamente afectada, penetró en la capilla ardiente y fué a arrodillarse junto al féretro donde yacía el cadáver.

(Continúa en la página 6)

El Dr. Marticorena

pone en conocimiento de su distinguida clientela, que habiendo terminado la instalación de su gabinete para el tratamiento médico y operatorio de toda clase de enfermedades de los ojos, en lo sucesivos sus horas de consulta serán de diez a once y de dos y media a cuatro.

GARBAY, 13 N.º 2.